

El Juicio de Nuestro Señor ante el Sanedrín NO. 1643

**SERMÓN PREDICADO LA MAÑANA DEL DOMINGO 5 DE FEBRERO, 1882,
POR CHARLES HADDON SPURGEON,
EN EL TABERNÁCULO METROPOLITANO, NEWINGTON, LONDRES.**

***“Y todos ellos le condenaron, declarándole ser digno de muerte.”
Marcos 14:64.***

Selecciono esta frase en particular porque la costumbre exige un texto; pero en realidad seguiremos la narrativa entera del juicio de nuestro Señor ante el sumo sacerdote. Veremos cómo el Sanedrín llegó a su injusta sentencia, y lo que hicieron posteriormente, y así, en un sentido, nos estaremos apegando a nuestro texto. Acabamos de leer tres pasajes: Juan 18:12-24; Marcos 14:53-65; y Lucas 22:66-71. Por favor, ténganlos en mente mientras repaso la aciaga historia.

La narración de la aflicción de nuestro Señor, si se estudia cuidadosamente, es en extremo desgarradora. Uno no puede meditar en ella por largo rato sin derramar lágrimas; de hecho, yo he me he visto forzado a abandonar mis meditaciones sobre este tema debido al exceso de emoción. Contemplar los sufrimientos de un Ser tan codiciable en Sí mismo y tan amoroso para con nosotros, es suficiente para hacer que el corazón de uno se parta por completo. Sin embargo, este desgarramiento de los sentimientos es sumamente útil: su efecto posterior es en verdad admirable. Después de dolernos por Jesús somos transportados por encima de nuestro dolor.

No hay en absoluto ninguna consolación bajo el cielo como esta, pues las aflicciones de Cristo eliminan el aguijón de nuestras propias aflicciones, y las tornan inocuas y soportables. Una contemplación condolidada de la aflicción de nuestro Señor empequeñece de tal manera nuestras congojas, que llegamos a considerarlas como ligeras aflicciones, demasiado nimias, demasiado insignificantes para ser mencionadas en el mismo día. Cuando hemos acabado de contemplar los agudos quebrantos del Varón de Dolores, no nos atrevemos a registrarnos en absoluto en la lista de los afligidos. Las heridas de Jesús destilan un bálsamo que sana todas las dolencias mortales.

Y esto no es todo, aunque sería mucho en un mundo de angustia como este; pero hay un estímulo incomparable en lo relativo a la pasión del Señor. Aunque hubieren sido casi estrujados por el cuadro de las agonías de su Señor, se han alzado de allí fuertes, resueltos, fervientes, consagrados. Nada conmueve más las profundidades de nuestros corazones como la angustia de Su corazón. Nada es demasiado difícil para que lo intentemos o lo soportemos por Uno que se sacrificó a Sí mismo por nosotros. Ser vilipendiados por la amada causa de quien sufrió tanta ver-

güenza por nosotros, no se convierte en una gran aflicción; incluso el reproche mismo, cuando es soportado por Él, se torna en mayores riquezas que todos los tesoros de Egipto. Sufrir por Él en el cuerpo y en la mente, incluso hasta la muerte, es un privilegio más bien que una exigencia: tal amor inflama nuestros corazones de tal forma, que ansiamos vehementemente encontrar una manera de expresar nuestro adeudo. Nos aflige pensar que nuestra mejor voluntad sea una cosa muy pequeña; pero estamos solemnemente resueltos a no dar nada que no fuera lo mejor de nosotros a Quien nos amó y se entregó por nosotros.

Yo creo también que, muy frecuentemente, muchos corazones indiferentes han sido grandemente afectados por los sufrimientos de Jesús: han sido turbados en su indiferencia, convencidos de su ingratitud, apartados de su amor por el pecado, y atraídos a Cristo al oír lo que soportó en lugar suyo. Ningún imán puede atraer a los corazones humanos como la cruz de Cristo. Sus heridas hacen que incluso corazones de piedra sangren. Su afrenta avergüenza a la propia obstinación. Los hombres no caen tan abundantemente frente al grandioso arco de Dios, como cuando sus flechas son remojadas con la sangre de Jesús. Esos dardos que están armados con Sus agonías, causan heridas que nunca pueden ser curadas, excepto por Sus propias manos traspasadas. Estas son las armas que matan al pecado y salvan al pecador, eliminando de un golpe tanto su confianza en sí mismo como su desesperación, y convirtiéndolo en un cautivo de ese conquistador cuya gloria es hacer libres a los hombres.

Esta mañana no solamente quiero predicar las doctrinas que salen de la cruz, sino la cruz misma. Yo supongo que esa fue una de las grandes diferencias entre la primera predicación de todas y la predicación después de la Reforma. Después de la Reforma resonaban claramente desde todos los púlpitos la doctrina de la justificación por la fe y otras gloriosas verdades, que yo espero que les sean otorgadas más y más prominencia; pero los primeros padres de la iglesia proclamaron las mismas verdades de una manera menos teológica. Si ellos trataban poco sobre la justificación por fe, predicaban con maravillosa profusión sobre la sangre y su poder limpiador, sobre las heridas y su eficacia sanadora, sobre la muerte de Jesús y nuestra vida eterna.

Nosotros retomaremos su estilo por unos momentos, y predicaremos los hechos acerca de nuestro Señor Jesucristo, en vez de hablar sobre sus inferencias doctrinales. Oh, que el Espíritu Santo lleve las aflicciones de nuestro Señor tan cerca de cada corazón, que cada uno de nosotros conozca la comunión con Sus sufrimientos, y posea fe en Su salvación y un reverente amor por Su persona.

I. Vamos a comenzar nuestra narración esta mañana, pidiéndoles primero que piensen en el INTERROGATORIO PRELIMINAR DE NUESTRO BENDITO SEÑOR Y MAESTRO, REALIZADO POR EL SUMO SACERDOTE. Ellos trajeron a nuestro Señor desde los linderos del huerto; y cuando lo trajeron, lo sujetaban firmemente, pues leemos: “los hom-

bres que custodiaban a Jesús.” Evidentemente estaban temerosos del prisionero, aun cuando lo tenían enteramente en su poder. Él era toda benignidad y sumisión; pero la conciencia los acobardaba a todos ellos, y por eso tenían todo el cuidado que los cobardes emplean para retenerlo entre sus garras. Como la corte no se había reunido en número suficiente para un interrogatorio general, el sumo sacerdote resolvió que ocuparía el tiempo interrogando personalmente a su prisionero.

Dio principio a su maligno ejercicio. El sumo sacerdote preguntó a Jesús *cosas acerca de Sus discípulos*. No podemos decir cuáles fueron las preguntas, pero yo supongo que eran algo parecido a estas: “¿Cómo es que te has rodeado de un grupo de hombres? ¿Qué hacían ellos contigo? ¿Qué era lo que te proponías lograr con ellos? ¿Quiénes eran ellos? ¿No eran un conjunto de fanáticos, hombres descontentos y listos para la sedición?”

Yo no sé cómo el astuto Caifás haría sus preguntas; pero el Salvador no dio respuesta a esta indagación particular. ¿Qué habría podido decir si hubiese intentado responder? Ah, hermanos, ¿qué cosa buena habría podido decir de Sus discípulos? Podemos estar seguros de que no diría nada malo. Pero podría haber dicho: “en lo concerniente a mis discípulos, uno de ellos me ha traicionado; tiene todavía en su mano el dinero de sangre que ustedes le dieron como mi precio. Otro de ellos, allá en el patio, antes de que cante el gallo, negará haberme conocido alguna vez, y añadirá juramentos y maldiciones a su negación: en cuanto a los demás, todos me han abandonado y huyeron.” Por lo tanto, nuestro Señor no dijo nada acerca de Sus discípulos, pues no se convertiría en acusador de los Suyos, a quienes vino, no a condenar, sino a justificar.

El sumo sacerdote también le preguntó cosas acerca de *Su doctrina*. Yo supongo que le preguntaría: “¿qué nueva enseñanza es esta tuya? ¿Acaso no bastamos *nosotros* para enseñar al pueblo: ya que los escribas son tan entendidos en la ley, los fariseos son tan cuidadosos del ritual y los saduceos son tan filosóficos y especulativos? ¿Por qué necesitas injerirte en este dominio? Yo te considero sólo un poco más que el hijo de un campesino: ¿cuál esta extraña enseñanza tuya?”

A esta indagatoria nuestro Señor sí respondió, ¡y qué *triumfante respuesta* dio! ¡Oh, que siempre pudiéramos hablar, cuando es conveniente hablar, tan mansa y sabiamente como Él! Él le respondió: “Yo públicamente he hablado al mundo; siempre he enseñado en la sinagoga y en el templo, donde se reúnen todos los judíos, y nada he hablado en oculto. ¿Por qué me preguntas a mí? Pregunta a los que han oído, qué les haya yo hablado; he aquí, ellos saben lo que yo he dicho.”

Oh, hermanos, ninguna réplica a la calumnia puede compararse con una vida intachable. Jesús había vivido en el pleno resplandor del día donde todos podían verlo, y, sin embargo, fue capaz de desafiar la acusación y decir: “Pregunta a los que han oído.” Bienaventurado es el hombre que no tiene necesidad de defenderse porque sus obras y palabras son sólidos testimonios de su rectitud y bondad. Nuestro Salvador respondió

a Su interrogador muy apaciblemente, y, sin embargo, muy eficazmente, apelando a los hechos. Él se presenta ante nosotros tanto como el espejo de la mansedumbre como el dechado de la perfección, y la calumnia se retuerce a Sus pies como una serpiente herida. ¡Qué gran deleite es contar con este triunfante intercesor como abogado nuestro, que argumenta Su propia justicia en defensa nuestra! Nadie podría impugnar Su absoluta perfección, y esa perfección cubre a todos Sus santos en este día. ¿Quién nos acusará, ahora que Cristo ha asumido interceder por nosotros?

Esta sobrecogedora respuesta, sin embargo, atrajo sobre el Salvador *una bofetada de uno de los alguaciles de la corte* que estaba allí. ¿No fue este un acto sumamente repulsivo? Aquí tenemos la primera de una nueva categoría de agresiones. Hasta este punto no nos habíamos enterado de bofetadas y golpes; pero ahora se ha cumplido lo dicho: “Con vara herirán en la mejilla al juez de Israel.” Este fue la primera de una larga serie de agresiones. Yo me pregunto quién sería el hombre que abofeteó de esta manera al Señor. Yo desearía que la réplica del Señor para él pudiera haber influido su corazón hacia el arrepentimiento; pero si no fuera así, es seguro que figuraba a la vanguardia de la caravana de agresiones personales dirigidas contra la persona de nuestro Señor: su mano impía fue la primera en golpearlo. Seguramente si murió en la impenitencia, el recuerdo de ese golpe habrá de permanecer como un gusano que nunca muere dentro de él. Hoy grita: “yo fui el primero en golpearlo: yo le di un golpe en Su boca con la palma de mi mano.”

Los escritores de antaño que escribieron sobre la Pasión, nos dan diversos detalles de las lesiones infligidas contra el Salvador por ese golpe; pero nosotros no le otorgamos ninguna importancia a tales tradiciones, y, por tanto, no las citaremos, sino que diremos simplemente que había una creencia generalizada en la iglesia que este golpe fue muy cruel, y le causó al Salvador mucho dolor. Sin embargo, aunque sintió ese golpe, y tal vez fue sacudido por él, el Señor no perdió Su compostura, ni mostró el menor resentimiento. Su respuesta fue todo lo que debía ser. No hay ninguna palabra de más. Él no dice: “¡Dios te golpeará a ti, pared blanqueada!” como lo hizo el apóstol Pablo. Nosotros no censuraremos al siervo, pero encomiaremos mucho más al Señor. Él dijo mansamente: “Si he hablado mal, testifica en qué está el mal; y si bien, ¿por qué me golpeas?” Eso habría bastado, seguramente, si hubiera quedado algún remanente de benevolencia en el corazón del agresor, para hacerle girar su mano hacia su propio pecho movido por un dolor penitencial. Uno no se habría sorprendido si hubiera clamado: “perdóname, oh Tú, que eres divinamente manso y benevolente, y permíteme desde este momento que sea Tu discípulo.”

De esta manera hemos visto la primera parte de los sufrimientos de nuestro Señor en la casa del sumo sacerdote, y la lección de ella es justo esta: seamos mansos y humildes de corazón como lo fue el Salvador, pues allí radica Su fuerza y dignidad. Ustedes me dirán que ya he dicho

eso antes. Sí, hermanos, y tendré que decirlo muchas veces más ante ustedes y he aprendido bien la lección. Es difícil ser manso cuando uno es falsamente acusado, ser manso cuando uno es duramente interrogado, ser manso cuando un astuto adversario está a la caza, ser manso cuando uno se duele bajo un atroz golpe que fue una afrenta para una corte de justicia. Ustedes han oído hablar de la paciencia de Job, pero aquella empalidece ante la paciencia de Jesús. Admiren Su paciencia, pero no se contenten con la admiración; imiten Su ejemplo, descrito bajo este encabezado y sigan cada trazo.

Oh Espíritu de Dios, aun teniendo a Cristo como un ejemplo, no aprenderemos la mansedumbre a menos que Tú nos enseñes; y aun teniéndote a Ti como un maestro, no la aprenderemos a menos que tomemos Su yugo sobre nosotros y aprendamos de Él; pues es únicamente a Sus pies, y bajo Tu unción divina que nos volveremos mansos y humildes de corazón, y hallaremos descanso para nuestras almas.

Por tanto, el interrogatorio preliminar ha concluido, y no ha finalizado en absoluto con un éxito para el sumo sacerdote. Él ha interrogado a Jesús y lo ha golpeado, pero la ordalía no produce nada que pueda contentar al adversario. El prisionero es supremamente victorioso, ya que el agresor fue frustrado.

II. Ahora viene una segunda escena, LA BÚSQUEDA DE TESTIGOS CONTRA ÉL. “Y los principales sacerdotes y todo el concilio buscaban testimonio contra Jesús, para entregarle a la muerte; pero no lo hallaban.” Es una extraña corte la que se reúne con el designio de encontrar culpable al prisionero, resueltos de una manera u otra a lograr su muerte. Ellos deben proceder de acuerdo a las formas de la justicia, y así emplazan testigos, aunque todo el tiempo violan el espíritu de la justicia, pues rebuscan en Jerusalén para encontrar testigos que perjuren para acusar al Señor.

Cada miembro del concilio está escribiendo el nombre de alguien que pueda ser traído de fuera, pues la gente ha venido desde todas las partes de la tierra para guardar la Pascua, y seguramente algunos podrían ser rastreados, en un lugar o en otro, que le hubieren oído decir alguna forma de expresión que pudiera ser procesable. Introducen, por tanto, a todo el que puedan encontrar de esa clase degradada que se aventure a perjurar, si hubiere un soborno disponible. Ellos escarbaron en Jerusalén para descubrir testigos contra Jesús; pero tenían mucha dificultad para lograr su designio, porque estaban obligados a examinar al testigo aparte, y no podían hacer que concordaran. Es difícil lograr que las mentiras concuerden, pero en cambio las verdades son cortadas con el mismo molde.

Además, había muchos tipos de testigos que podían encontrar con facilidad pero que no se atrevían a presentarlos. Tenían muchos testigos que podrían testificar que Jesús había hablado en contra de la tradición de los ancianos; pero en cuanto a eso, había en el concilio algunos, esto es, los saduceos, que estaban de acuerdo con Él en gran medida. No ten-

ía caso presentar un cargo acerca del cual no tenían una unanimidad consensual. Sus denuncias de los fariseos no podían ser presentadas como cargo, pues estas complacían a los saduceos; tampoco podían alegar Su clamor en contra de los saduceos, pues en esto, los fariseos estaban de acuerdo con Él.

Ustedes recordarán cómo Pablo, cuando fue presentado ante este Sanedrín, se aprovechó de esa división de opinión y clamó: “Yo soy fariseo, hijo de fariseo; acerca de la esperanza y de la resurrección de los muertos se me juzga”; y de esta manera creó una disensión en el cónclave, que por un tiempo obró a su favor.

Nuestro Señor se posesionó de un terreno más elevado y más noble, y no se inclinó par convertir la insensatez de ellos en algo que lo beneficiara; sin embargo, estando ellos conscientes de sus disensiones internas, evitaron cautamente esos puntos sobre los cuales no estaban en armonía. Ellos podrían haber presentado su antigua queja de que el Señor Jesús no observaba el sábado a la manera de ellos; pero, entonces, se haría más público que había sanado a los enfermos en el día sábado. No les ayudaría publicar ese hecho, pues ¿quién pensaría en matar a una persona por haber abierto los ojos de uno que nació ciego, o por haber restaurado una mano seca en el día sábado? Ese tipo de testimonio fue por tanto desechado.

Pero ¿no podrían haber encontrado algunos testigos que juraran que había hablado acerca de un reino que estaba estableciendo? ¿No podría esto haberse interpretado prontamente como que implicaba sedición y rebelión? Sí, pero entonces ese era un cargo que habría que alegar más bien ante la corte civil de Pilato, pero el suyo era un tribunal eclesiástico. Además, había herodianos en el concilio que estaban muy inquietos bajo el yugo romano, y no habrían podido tener la cara de condenar a alguien por ser un patriota; y, además, el pueblo afuera habría simpatizado con Jesús mucho más si hubieran supuesto que los guiaría en una rebelión contra César. Por tanto, ellos no podían forzar ese punto. Deben haberse sentido grandemente confundidos sin saber qué hacer; especialmente cuando incluso en aquellos puntos en los que decidieron presentar a los testigos, tan pronto abrían sus bocas, se contradecían entre sí.

Por fin los tenían. Vinieron dos cuya evidencia más o menos concordaba; y estos aseveraron que en una cierta ocasión Jesucristo había dicho: “Yo derribaré este templo hecho a mano, y en tres días edificaré otro hecho sin mano.” Aquí había una blasfemia en contra de la santa y hermosa casa del Señor, y eso bastaría.

Ahora, el Salvador había dicho algo que era semejante al testimonio de estos falsos testigos, y un malentendido lo había hecho todavía más semejante; pero aun así, el dicho de esos testigos era una mentira, y no menos mentira porque una sombra de verdad hubiere caído sobre él, pues el peor tipo de mentira es la que es producida a partir de una verdad: hace mucho mayor daño que si fuera una falsedad de principio a fin.

El Salvador no había dicho: “Yo voy a destruir este templo”; Él dijo: “Destruid este templo,” es decir, “Ustedes lo destruirán, y lo pueden destruir.” Él no se había referido al templo de Jerusalén para nada; esto dijo concerniente al templo de Su cuerpo que sería destruido. Cristo nunca dijo: “Destruid este templo hecho a mano, y edificaré otro hecho sin mano”: en Su lenguaje no hay ninguna alusión a las manos en absoluto. Estos refinamientos procedían de la propia invención de ellos, y Su lenguaje no tenía ningún vínculo con el de ellos. Él no había dicho: “Yo edificaré otro”; Él había dicho: “lo levantaré,” que es algo muy diferente. Él quería decir que Su cuerpo, después de ser destruido, sería levantado otra vez en el tercer día. Ellos habían alterado una palabra aquí y una palabra allá, el modo de un verbo y la forma de otro, y así hicieron decir al Señor lo que nunca había pensado. Sin embargo, incluso en la acusación no concordaban. Uno dijo una cosa al respecto, y otro dijo otra, de tal forma que incluso esta vil acusación no podía ser utilizada en contra del Salvador. Su parchada falsedad estaba hecha de un material tan podrido que las piezas no se habrían sostenido juntas. Ellos estaban listos a jurar cualquier cosa que viniera a sus imaginaciones perjuras, pero no se podía lograr que dos de ellos juraran por el mismo testimonio.

Mientras tanto el Señor *permanece callado*; como oveja delante de Sus trasquiladores, enmudeció, y no abrió Su boca; y yo supongo que la razón fue en parte para cumplir la profecía, y, en parte, porque la grandiosidad de Su alma no se podía rebajar a contender con mentirosos, y sobre todo, porque Su inocencia no necesitaba ninguna defensa. El que es culpable en alguna medida, está ávido de excusarse y de paliar las cosas: sus excusas sugieren usualmente a los hombres de experiencia la creencia que podría haber alguna base para la acusación. El que es perfectamente inocente no tiene ninguna prisa para responder a sus calumniadores, pues muy pronto ellos se responden entre sí. Nuestro Señor no deseaba entrar en una pendencia con ellos, para no provocarlos a que expresaran más falsedades. Si las palabras no pueden ayudar, entonces, en verdad, el silencio es sabio: cuando el único resultado habría sido provocar a Sus enemigos a añadir a sus iniquidades, fue una compasión magnánima la que condujo al calumniado Salvador a no decir nada.

No debemos dejar de advertir *el consuelo* que en alguna medida había sido ministrado a nuestro Señor por la acusación que fue presentada como la mejor. Él está allí, y sabe que están a punto de sentenciarlo a muerte, pero ellos mismos le recuerdan que el poder de ellos sobre Él tiene un contrato de arrendamiento no mayor de tres días, y al final de ese corto período, Él será levantado de nuevo, y ya no estará más a su disposición. Sus enemigos le dieron testimonio de la resurrección. No digo que Su memoria fuera débil, o que posiblemente lo hubiera olvidado en medio de Sus aflicciones, pero, sin embargo, nuestro Señor era humano, y algunos modos de consuelo que son valiosos para nosotros, eran útiles para Él.

Cuando la mente es torturada con una falsedad maliciosa, y el hombre entero es sacudido por dolores y aflicciones, es bueno que se nos recuerden las consolaciones de Dios. Leemos acerca de algunos que fueron “atormentados, no aceptando el rescate,” y fue la esperanza de la resurrección la que los sostuvo.

Nuestro Señor sabía que Su alma no sería dejada en las moradas de la muerte, y que Su carne no vería corrupción, y los falsos testigos trajeron esto vívidamente delante de Su mente. Ahora, en verdad, nuestro Redentor podía decir: “Destruid este templo, y en tres días lo levantaré.” Estos cuervos le han traído al Salvador pan y carne. En estos leones muertos nuestro glorioso Sansón ha encontrado miel. Sostenido por el gozo puesto delante de Él, desprecia la vergüenza. Extraño es que de las bocas de aquellos que buscaban Su sangre, proviniera el memorial de una de Sus mayores glorias.

Ahora, hermanos, aquí además aprendemos otra vez la misma lección, es decir, crezcamos en mansedumbre, y demostrémosla guardando silencio. La elocuencia es difícil de adquirir, pero el silencio es mucho más difícil de practicar. Un hombre puede aprender más rápido a hablar bien que a no hablar del todo. Tenemos tanta prisa por vindicar nuestra propia causa que la dañamos con un lenguaje irreflexivo: si fuéramos calmados, benevolentes, tranquilos, pacientes como lo fue el Salvador, nuestro sendero a la victoria sería mucho más fácil.

Observen, además, la armadura que cubría a Cristo: vean el escudo invulnerable de Su santidad. Su vida era tal que la calumnia no podía fraguar una acusación en contra Suya que durara lo suficiente para poder ser repetida. Los cargos eran tan frágiles que, como burbujas, se desvanecían tan pronto como veían la luz. Los enemigos de nuestro Señor estaban totalmente desconcertados. Ellos lanzaban sus dardos contra Él, y como si cayesen sobre un escudo de ardiente diamante, cada flecha era quebrada y consumida.

Aprendamos también esta otra lección: que habremos de ser tergiversados. Podemos contar con que, para oídos hostiles, nuestras palabras tendrán otros significados que el que nos proponíamos darles; podemos esperar que cuando enseñamos una cosa que es verdadera, ellos inventarán que hemos expresado otra cosa que es falsa; pero no debemos sobrecogernos por esta prueba de fuego como si fuese algo extraño. Nuestro Señor y Maestro la ha soportado y los siervos no han de escaparse de ella. Por tanto, soporten la aspereza como buenos soldados de Jesucristo, y no tengan miedo.

En medio del estrépito de estas mentiras y perjurios, oigo el silbo apacible y delicado de una verdad sumamente preciosa, pues a semejanza de cuando Jesús estuvo ante el tribunal por nosotros, y ellos no podían lograr que alguna acusación prevaleciera contra Él, así cuando estemos en Él en el último gran día, lavados en Su sangre y cubiertos con Su justicia, nosotros también seremos absueltos. “¿Quién acusará a los escogidos de Dios?” Si Satanás se presentara como el acusador de los herma-

nos, será recibido por la voz: “Jehová te reprenda, oh Satanás; Jehová que ha escogido a Jerusalén te reprenda. ¿No es éste un tizón arrebatado del incendio?” Sí, amados, nosotros también seremos absueltos de la calumnia. Entonces los justos resplandecerán como el sol en el reino de su Padre. La gloriosa justicia de Aquel, que fue falsamente acusado, librará a los santos y toda iniquidad cerrará su boca.

III. Pero no debo demorarme demasiado incluso en temas como estos, y, por tanto, prosigo AL INTERROGATORIO PERSONAL que siguió al fracaso de querer presentar testigos. El sumo sacerdote, demasiado indignado para quedarse sentado, se pone de pie y se inclina sobre el prisionero como un león rugiente sobre su presa, y comienza a interrogarlo de nuevo. Estaba haciendo algo injusto. ¿Acaso el juez que tiene el oficio de administrar la ley, habría de darse a la tarea de demostrar la culpabilidad del prisionero, o, lo que es peor, habría de tratar de extraer una confesión del acusado que pudiera ser usada en su contra? Esto implicaba una confesión tácita de que se había demostrado la inocencia de Cristo hasta ese momento. El sumo sacerdote no habría necesitado sacarle algo al acusado si hubiese habido suficiente material en su contra por otro lado. El juicio había sido un completo fracaso hasta ese punto, y él lo sabía, y estaba rojo de rabia. Ahora él intenta intimidar al prisionero, para poder arrancarle alguna declaración que pudiera solventar cualquier problema de conseguir testigos, y así terminar con el asunto.

La pregunta fue formulada con una solemne orden imperiosa, y alcanzó su propósito, pues el Señor Jesús en efecto habló, aunque sabía que con eso estaba proporcionando un arma en Su contra. Él se sintió bajo la obligación de responder al sumo sacerdote de Su pueblo cuando usó tal conjuro, a pesar de que ese sumo sacerdote era un hombre malo; y no podía evadir una acusación tan solemne para que no pareciera que por Su silencio estaba negando la verdad sobre la cual está asentada la salvación del mundo.

Así que, cuando el sumo sacerdote le preguntó: “¿Eres tú el Cristo, el Hijo del Bendito?” cuán clara y franca fue la respuesta del Señor. Aunque Él sabía que esto le acarrearía Su muerte, dio testimonio de una buena confesión. Él claramente dijo: “Yo soy,” y luego agregó a esa declaración: “y veréis al Hijo del Hombre”—y de esta manera expone Su humanidad así como Su deidad—“sentado a la diestra del poder de Dios, y viniendo en las nubes del cielo.”

¡Qué fe tan majestuosa! Es maravilloso pensar que estuviera tan calmado como para confrontar a los que se burlaban de Él, y reivindicar Su gloria cuando se encontraba sumido en las profundidades de la vergüenza. Fue como si dijera: “ustedes están fungiendo como mis jueces, pero pronto Yo los estaré juzgando a ustedes: les parezco un insignificante campesino, pero Yo soy el Hijo del Bendito; ustedes creen que me aplastarán, pero nunca lo harán; pues muy pronto me sentaré a la diestra del poder de Dios, y vendré en las nubes del cielo.” Él habló audazmente, como era lo apropiado. Yo admiro la mansedumbre que podía estar ca-

llada, y admiro la mansedumbre que podía hablar suavemente, pero admiro todavía más la mansedumbre que podía hablar con valentía, pero que seguía siendo mansa.

De alguna manera u otra, cuando nosotros respondemos al valor, dejamos entrar a la dureza por la misma puerta, o si dejamos fuera nuestra ira, somos propensos a olvidar nuestra firmeza. Jesús nunca elimina una virtud para dejar espacio a otra. Su carácter es completo, íntegro, perfecto, de cualquier manera que lo veamos.

Y seguramente, hermanos, esto debe haber traído otro dulce consuelo para el corazón de nuestro divino Maestro. Mientras se dolía bajo ese duro golpe, mientras se retorció bajo esas inmundas acusaciones, mientras soportaba tal contradicción de pecadores en contra Suya, debe haberse sentido satisfecho internamente en la conciencia de Su condición de Hijo y Su poder, y ante la perspectiva de Su gloria y triunfo. Un manantial de agua brota de dentro de Su alma cuando ve por anticipado que se sentará a la diestra de Dios, y que juzgará a los vivos y a los muertos, y que vindicará a Sus redimidos.

Es sabio tener estas consolaciones siempre listas a la mano. El enemigo podría no ver su poder consolador, pero nosotros sí lo vemos. Para nosotros, de debajo del altar procede un río cuyo suave fluir provee a nuestros espíritus de una tranquila alegría con la que las aguas terrenales no pueden rivalizar. Aun ahora oímos también que el Padre dice: “Yo soy tu escudo, y tu galardón será sobremanera grande.”

Noten, antes de que dejemos este punto, que, prácticamente, el juicio y el interrogatorio concluyeron con la condenación de nuestro Señor, *debido a Su confesión de Su deidad*. Ellos dijeron: “Habéis oído la blasfemia; ¿qué os parece? Y todos ellos le condenaron, declarándole ser digno de muerte.”

Yo no puedo entender del todo a esas personas que se llaman ‘unitarios,’ y niegan la deidad de nuestro Señor. Nosotros también somos unitarios, pues creemos en un Dios, y en un Dios únicamente; pero ellos nos dicen que este Cristo bendito, nuestro Señor, no es Dios, y, sin embargo, reconocen que Él fue el más excelente de los hombres, el más perfecto de los seres humanos. Yo no puedo verlo así. Me parecería que es un blasfemo, y nada más, si no fuera Dios; y los judíos, evidentemente, sostenían esa opinión, y lo trataban de conformidad a ella. Si no hubiera dicho que Dios era Su Padre, ellos no habrían estado tan enojados en Su contra. Ellos lo condenaron a muerte debido a la afirmación de Su deidad, y la declaración de que se sentaría a la diestra del poder y juzgaría al mundo.

Hoy día, hay multitudes que están dispuestas a tomar a Cristo como un maestro, pero no lo aceptarán como el Hijo de Dios. Yo no dudo que la religión cristiana podría ser recibida en muchos lugares si su fuerza fuese trasquilada, si, de hecho, su propia alma y sus entrañas le fueran arrancadas, al proclamar a Jesús como uno de los profetas y nada más. Miren cómo nuestros sabios hablan de Él como uno de una línea de

grandes reformadores, tales como Moisés, Samuel, Elías, y con frecuencia agregan a Confucio y a Mahoma.

¿Le abrimos un espacio nosotros a esto? No, ni por un instante. Él es verdaderamente el Hijo del Bendito. Él es divino, o falso. La acusación de blasfemia debería ser lanzada contra Él, si no fuera el Hijo del Altísimo.

IV. Ahora debemos proseguir y quedarnos por un segundo o dos en el tema de LA CONDENA. Lo condenaron por Su propia boca: pero esto, aunque tenía una apariencia de justicia, era realmente injusto. Ante el tribunal, el prisionero ha afirmado que Él es el Hijo de Dios. ¿Cuál es el problema? ¿Acaso no puede decir la verdad? Si es verdad, Él no ha de ser condenado, sino adorado. La justicia requiere que se haga un interrogatorio para verificar si es el Cristo, el Hijo del Bendito, o no. Él ha reclamado ser el Mesías. Muy bien, todos los que están en la corte, están esperando al Mesías; algunos de ellos esperan que aparezca muy pronto. ¿No podría ser este el enviado del Señor? Que se haga un interrogatorio en cuanto a sus argumentos. ¿Cuál es su linaje? ¿Dónde nació? ¿Lo ha confirmado alguno de los profetas? ¿Ha obrado milagros? Algunas de esas preguntas son debidas a cualquier hombre cuya vida esté en juego. No pueden condenar a muerte justamente a un hombre sin un examen que se adentre en la verdad de su defensa, pues podría resultar que sus pronunciamientos fueran correctos. Pero no, ellos no quieren escuchar al hombre que odian, y su mera afirmación lo condena; es blasfemia, y ha de morir.

Él afirma ser el Hijo de Dios. Vamos, entonces, Caifás y el concilio, convoquen a testigos para la defensa. Pregunten si ojos ciegos han sido abiertos, y si los muertos han resucitado. Pregunten si Él ha obrado milagros tales como nadie obró en medio de Israel a lo largo de todos los tiempos. ¿Por qué no hacer esto? Oh, no, por cárcel y por juicio Él ha de ser quitado, y Su generación, ¿quién la contará? Entre menor sea el interrogatorio, más fácil será condenarlo injustamente. Él ha dicho que Él es el Cristo y el Hijo de Dios, por lo tanto, es digno de muerte.

Ay, cuántos hay que condenan la doctrina de Cristo sin hacer las debidas investigaciones acerca de ella; y la condenan por los argumentos más triviales. Vienen a oír un sermón, y tal vez encuentran fallas en los gestos del predicador, como si eso bastara para negar la verdad que él predica; o tal vez digan: “esto es muy extraño; no podemos creerlo.” ¿Por qué no? ¿Acaso las cosas extrañas no son algunas veces verdaderas, y no son muchas verdades sorprendentemente extrañas hasta que se familiarizan con ellas? Estos hombres no quieren condescender a oír la demostración de la aseveración de Cristo: no quieren hacer ninguna pregunta. En esto, como los sacerdotes judíos, prácticamente gritan: “¡Muera! ¡Muera!”

Él es condenado a muerte, y el sumo sacerdote rasga su vestidura. Yo no sé si llevaba en aquel momento las ropas con las que ministraba, pero sin duda llevaba algún traje peculiar a su oficio sacerdotal, y este es el que rasgó. ¡Oh, cuán significativo fue eso! La casa de Aarón y la tribu de

Leví rasgaron sus vestiduras, y el templo, en unas cuantas horas, rasgó su velo de arriba abajo: pues los sacerdotes y el templo fueron igualmente abolidos. Ellos lo desconocían, pero en todo lo que hacían había una significación singular: esas vestiduras rasgadas eran un índice del hecho que ahora el sacerdocio aarónico había sido rasgado para siempre, y el grandioso sacerdocio de Melquisedec había entrado, pues el verdadero Melquisedec, en ese instante y en ese lugar, estaba delante de ellos en toda la majestad de Su paciencia.

Observen que todos concordaban; no había disidentes; ellos se habían cuidado, no lo dudo, de no dejar que Nicodemo y José de Arimatea supieran algo acerca de esta reunión suya. La convocaron en la noche, y sólo la ensayaron muy temprano en la mañana, con el objeto de guardar su antigua ley rabínica que establecía que debían juzgar a los prisioneros cuando hubiera luz del día. Ellos apresuraron el juicio, y cualquiera que pudiera haber hablado en contra de la sentencia sedienta de sangre, fue mantenido fuera del camino.

La asamblea fue unánime. ¡Ay de la unanimidad de los corazones impíos en contra de Cristo! Es sorprendente que haya tales altercados entre los amigos de Cristo, y tal unidad entre Sus enemigos, cuando el punto es sentenciarlo a muerte. Yo no he oído nunca de altercados entre los demonios, ni he leído nunca de sectas en el infierno: todos ellos son uno en su odio en contra de Cristo y de Dios. Pero aquí estamos divididos en secciones y partidos, y con frecuencia, estamos en guerra unos con otros. Oh Señor de amor, perdónanos: Rey de concordia, ven y reina sobre nosotros, y condúcenos a una perfecta unidad alrededor Tuyo.

La sentencia fue: “muerte.” No digo nada de ella excepto esto: la muerte era la sentencia debida a mí, la sentencia debida a ustedes, y ellos la impusieron sobre nuestro Sustituto. “Digno de muerte”—dijeron—todos ellos. Todas las manos fueron levantadas; todas las voces dijeron: “Sí, sí” al veredicto. Sin embargo, no había delito en Él. Más bien digamos que toda excelencia se encontraba en Él. Cuando oigo que Jesús es condenado a morir, mi alma cae a Sus pies y clama: “bendito Señor, ahora has asumido mi condenación; no hay, por tanto, ninguna condenación para mí. Ahora has tomado mi copa de muerte para beberla, y a partir de este momento, está seca para mí. Gloria sea a Tu bendito nombre, desde ahora y para siempre.”

V. Casi me da gusto que mi tiempo haya avanzado tanto, pues debo necesariamente colocar delante de ustedes la quinta y más dolorosa escena. Tan pronto como estos malvados hombres del Sanedrín lo decretan culpable de muerte, los siervos, los guardias, y aquellos que custodiaban el salón donde se encontraban los principales sacerdotes, ávidos de agrandar a sus señores, y todos ellos tocados por el mismo espíritu brutal que moraba en ellos, de inmediato comenzaron a ultrajar la infinita majestad de nuestro Señor.

Consideren EL ULTRAJE. Permítanme leer las palabras: “Algunos comenzaron a escupirle.” “¡Comenzaron a escupirle!” Así fue expresado el

menosprecio más efectivamente que por medio de palabras. Quédense pasmados, oh cielos, y sientan un horrible miedo. Su faz es la luz del universo, Su persona es la gloria del cielo, y ellos “¡Comenzaron a escupirle!” ¡Ay, mi Dios, que el hombre sea tan vil! Algunos fueron más lejos, y “comenzaron a cubrirle el rostro.”

Es una costumbre oriental cubrir el rostro de los condenados, como si no fueran aptos para ver la luz, ni aptos para contemplar a sus semejantes. Yo no sé si fue por esta razón, o como simple burla, que cubrieron Su rostro para que no pudieran verlo, y para que Él no pudiera verlos. Cómo podían de esta manera apagar al sol y tapar a la bienaventuranza. Luego, cuando todo era oscuridad para Él, comenzaron a decir: “Profetiza, ¿quién es el que te golpeó?” Entonces otro hizo lo mismo, y muchos fueron los crueles bofetones que propinaron a Su bendito rostro.

Los escritores medievales se deleitaban en hablar acerca de los dientes que fueron quebrados, de las heridas en las mejillas, de la sangre que fluía, de la carne que fue golpeada y amoratada; pero nosotros no nos atrevemos a imaginarnos esto. La Escritura ha corrido un velo, y dejemos que allí se quede. Sin embargo, debe de haber sido un espectáculo horrible ver al Señor de gloria con Su rostro todo manchado con la maldita saliva de ellos y herido por sus crueles puños. Aquí el insulto y la crueldad se habían combinado: el ridículo de Sus títulos proféticos y la deshonra de Su divina persona. Nada fue considerado lo suficientemente malo. Inventaron toda la vergüenza y el escarnio que pudieron, y Él permaneció paciente allí, aunque un solo destello de Sus ojos los habría consumido en un momento.

Hermanos, hermanas, esto es lo que nuestro pecado merecía. ¡Algo vergonzoso eres tú, oh pecado! ¡Tú mereces que te escupan! Esto es lo que el pecado le está haciendo constantemente a Cristo. Siempre que ustedes y yo pecamos, por decirlo así, escupimos Su rostro: también tapamos Sus ojos tratando de olvidar que Él nos ve; y también le golpeamos siempre que transgredimos y afligimos Su Espíritu. No hablemos de los crueles judíos: pensemos en nosotros, y hemos de ser humillados por ese pensamiento. Esto es lo que el mundo impío le está haciendo siempre a nuestro bendito Señor. Ellos también pretenden tapar Sus ojos que son la luz del mundo: ellos también desprecian Su Evangelio, y lo escupen como algo totalmente desgastado y sin valor: ellos también desprecian a los miembros de Su cuerpo a través de Sus pobres santos afligidos que tienen que aguantar calumnias y ultrajes por Su amada causa.

Y, sin embargo, por sobre todo esto, me parece ver una luz sumamente bendita. Cristo ha de ser escupido, pues Él ha tomado nuestro pecado: Cristo ha de ser torturado, pues Él está ocupando nuestro lugar. ¿Quién habrá de ser el verdugo de todo este dolor? ¿Quién asumirá la tarea de avergonzar a Cristo? Nuestra redención fue obrada de esta manera, pero ¿quién será el esclavo que ejecutará ese miserable trabajo? Echen los racimos más ricos que las uvas de Escol; échenlos, pero ¿quién los hollará y extraerá laboriosamente el vino, el generoso mosto que alegra a Dios y

al hombre? Los pies serán los pies dispuestos de los propios enemigos de Cristo: ellos extraerán de Él lo que nos redimirá y destruirá todo el mal.

Yo me regocijo de ver a Satanás vencido en su astucia, y su malicia convertida en el instrumento de su propio trastorno. Él piensa destruir a Cristo, y mediante ese acto, se destruye a sí mismo. Él atrae el mal sobre su propia cabeza y cae en el hoyo que él ha cavado. Así, todo mal obrará siempre para bien del pueblo del Señor; sí, su mayor bien muy a menudo precederá de aquellos que amenazaban con su ruina, y que les provocaban la mayor angustia.

Tres días ha de sufrir el Cristo y morir y yacer en el sepulcro; pero después de eso, Él debe herir la cabeza de la serpiente y llevar cautiva la cautividad, y eso, por los medios del propio sufrimiento y vergüenza que Él está ahora soportando; de igual manera ocurrirá a Su cuerpo místico, y Satanás será herido bajo nuestros pies dentro de poco.

Dejo este tema, esperando que ustedes lo continúen en sus meditaciones. Aquí hay tres observaciones.

La primera es: cuán prestos hemos de estar a soportar la calumnia y el ridículo por causa de Jesús. No te encolerices, ni pienses que sea algo duro que la gente se burle de ti. ¿Quién eres tú, querido amigo? ¿Quién eres tú? ¿Qué podrías ser cuando eres comparado con Cristo? Si le escupieron, ¿por qué no habrían de escupirte a ti? Si lo abofetearon, ¿por qué no habrían de abofetearte a ti? ¿Acaso el Señor habrá de soportar toda la dureza? ¿Habrá de tener Él toda la amargura, y tú toda la dulzura? ¡Bonito soldado eres tú, que demandas una mejor suerte que tu Capitán!

A continuación, cuán sinceramente hemos de honrar a nuestro amado Señor. Si los hombres estaban tan ávidos de avergonzarle, nosotros debemos ser diez veces más denodados en darle gloria. ¿Hay algo que pudiéramos hacer hoy por lo cual Él pudiera ser honrado? Pongámonos a ejecutarlo. ¿Podemos hacer algún sacrificio? ¿Podemos realizar alguna tarea difícil que le glorifique? No debemos deliberar, sino que hemos de hacerlo de inmediato con todo nuestro poder. Hemos de ser creativos en los modos de glorificarlo a Él, así como Sus adversarios fueron ingeniosos en los métodos de Su vergüenza.

Finalmente, cuán seguramente y cuán dulcemente pueden, todos los que creen en Él, venir y descansar sus almas en Sus manos. Ciertamente yo sé que quien sufrió esto, puesto que era verdaderamente el Hijo del Bendito, tiene la capacidad de salvarnos. Tales aflicciones han de ser una plena expiación por nuestras transgresiones. Gloria sea dada a Dios, porque esa saliva en Su rostro significa un rostro limpio y resplandeciente para mí. Esas falsas acusaciones contra Su carácter significan que no hay condenación para mí. Esa sentencia de muerte para Él, demuestra la certeza de nuestro texto que vimos el domingo pasado por la mañana: “De cierto, de cierto os digo: El que cree en mí, tiene vida eterna.”

Descansemos dulcemente en Jesús, y si nuestra fe se ve agitada alguna vez, vayamos a la sala de la casa de Caifás, y veamos al Justo estando en el lugar de los injustos, al Inmaculado soportando la condenación por

los pecadores. Juzguemos y condenemos cada pecado y cada duda en la sala del sumo sacerdote, y salgamos gloriándonos porque el Cristo ha vencido por nosotros, y ahora esperamos Su aparición con deleite. Que Dios los bendiga, hermanos, por Cristo nuestro Señor. Amén.

**Porciones de la Escritura leídas antes del sermón: Juan 18:12-24;
Marcos 14:53-65; Lucas 22:66-71.**

<http://www.spurgeon.com.mx/sermones.html>

Oren diariamente por los hermanos Allan Roman y Thomas Montgomery, en la Ciudad de México. Oren porque el Espíritu Santo de nuestro Señor los fortifique y anime en su esfuerzo por traducir los sermones del Hermano Spurgeon al español y ponerlos en Internet.

Sermón #1643—Volume 28

OUR LORD'S TRIAL BEFORE THE SANHEDRIN